

Necrológica / *Obituary*

Mis recuerdos del Profesor Bernis

M. Fernández-Cruz*

El Profesor Francisco Bernis Madrazo nació en Salamanca en 1916 y murió en Madrid el 10 de noviembre de 2003. Estudiante del Colegio Alemán y del Instituto Escuela entre 1926 y 1933, empezó sus estudios de Ciencias Naturales en la Universidad Central de Madrid antes de la Guerra Civil y los terminó en 1941. Catedrático de Ciencias Naturales en el Instituto de Lugo, ciudad de su futura esposa, Cristina Carro, realizó paralelamente a su trabajo de profesor una Tesis Doctoral sobre plantas del género *Armeria* que defendió en 1950. En 1956 obtuvo la Cátedra de “Cordados y su Zoología Aplicada” en la Universidad Complutense de Madrid, en la que impartió docencia hasta que en 1985 le jubilaron, si bien pudo continuar de Profesor Emérito algunos cursos más hasta su retiro docente definitivo.

La trayectoria profesional de Francisco Bernis es conocida, en mayor o menor grado, por muchos de los biólogos españoles que, o han sido alumnos suyos en la Complutense, o han conocido su labor como pionero, impulsor y cristizador de la Ornitología en España. En abril de 2004, con motivo del 50 aniversario de la fundación de la Sociedad Española de Ornitología (SEO), fue publicado un documentado libro (Fernández, 2004) en el que se describen los antecedentes, fundación, primeras andaduras, reconocimiento y desarrollo de la SEO hasta nuestros días. En esa historia, impregnando la gran mayoría de los pasos recorridos por la SEO, se lee o se adivina la impronta personal de Bernis, sirviendo todo ello como una historia natural real sobre este hombre peculiar, adusto, seco, aparentemente frío pero entrañable y querido.

La vida profesional de Bernis está marcada por sus dos grandes dedicaciones: la Ornitología y la Universidad. Muchos le han conocido a lo largo de los años en una u otra de esas facetas, que con harta frecuencia formaban un todo continuo; mucha gente ha debido formarse una opinión sobre su persona. Sería enriquecedor poder conocer esas opiniones cuando, como ahora, estamos hablando de un hombre que ha marcado una época en la ciencia española del siglo XX.

Yo tuve la suerte de conocerle a lo largo de muchos años, entre 1964 y su muerte, primero como alumno de la Facultad de Ciencias Biológicas y luego como Profesor Adjunto, compañero de fatigas y amigo. Por eso, lo que voy a escribir aquí no es una reseña personal aséptica sobre la vida y obras de Bernis sino mi visión del hombre y de su trabajo desde un prisma tan estrecho como es la experiencia vital de una persona.

En 1961-62, cuando empezamos el 2º curso de Ciencias Biológicas tras el curso Selectivo común a Ciencias, las clases se impartían en el Jardín Botánico (botánica), la Facultad de Farmacia (bioquímica) y el Pabellón 5º de Medicina (el resto). Entonces los alumnos de un curso nos conocíamos bastante bien pero difícilmente sabíamos ni el nombre de los profesores que no fueran los nuestros; si acaso, alguna vez cierto compañero más enteradillo nos señalaba al paso a tal o cual profesor significado por bueno, por hueso o por algún otro rasgo de su personalidad. Los profesores, entonces, eran personajes intratables, inalcanzables y, en muchos casos, antipáticos.

Hasta el año siguiente no empezamos a fijarnos que, entre los contadísimos coches que se aparca-

* Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Biología, Departamento de Zoología y Antropología Física, E-28040 Madrid.

ban a la puerta de la facultad (todos, por supuesto, de los profesores), había una furgoneta 2CV, en la que llegaba y se iba un profesor joven que cuando estaba en la facultad se encerraba en su minúsculo despacho y sólo salía para dar sus clases: era Bernis. Nos chocó el que un catedrático de universidad tuviera ese coche tan popular, por cierto su primer coche, obtenido con la Ayuda March de 1960 para el estudio de la migración de las aves, con el cual hizo numerosos viajes por España en el quinquenio 1960-65.

En 1964, al cursar con Bernis Zoología de Cordados, tuvimos una nueva visión, diferente, del estudio de los animales. Dos facetas nos impresionaron: las clases teóricas y el campo. Contra los modos tradicionales de enseñanza de la zoología, a saber, mucha clasificación fría (grandes listas de organismos) y mucho rasgo morfoanatómico sin las debidas explicaciones funcionales, en Cordados vimos cómo eran los animales, supimos de su historia natural y supimos que lo que estudiábamos (por cierto, con unas clases prácticas pobremente dotadas) era algo cercano que se podía ver y avanzar en su conocimiento en el campo. Hicimos una salida de campo de varios días al entonces Coto de Doñana, Sanlúcar de Barrameda, Ronda y los pinsapares de Grazalema; en ella tuvimos ocasión de ver animales en su medio natural, entre ellos el lince y el águila imperial, dos especies de las que tuvimos noticia por primera vez de su existencia e importancia.

Allí conocimos a Tono Valverde (d.e.p.) y nos enteramos de la empresa conservacionista que libraba por preservar alguna parte de ese territorio sin igual. De sopetón Bernis nos introdujo en dos conceptos nuevos: la importancia del estudio en el campo como complemento indispensable al saber “sólo teórico” (y encima disponíamos de más que escasos libros) y el más novedoso de que había problemas de conservación en España, algo casi inasible cuando muchos ni siquiera conocíamos los límites y lo que nuestro país encerraba desde el punto de vista naturalístico.

Aquella excursión nos permitió ver a dos personajes y dos modos de entender la naturaleza; Bernis, sosegado y aparentemente frío, como el profesor con gran formación teórica y práctica, de trabajo callado, metódico y continuado; y Valverde, cálido, impulsivo y arrasador, una especie de bicho inquieto que te bombardeaba con mil cosas, todas sugerentes, pero que estaba preocupado y nervioso por poder tener cuanto antes un espacio protegido en Doñana (eso sería en 1964-65 con la adquisición del terreno para una Reserva Biológica de Doñana). Valverde nos impresionó.

En la primavera de 1965, cuando cursábamos Zoología Aplicada, tuvimos la suerte de que Bernis, entonces recién redactado su ejemplar libro sobre *Migración en Aves. Tratado teórico y práctico*, nos impartiese un cursillo fuera de la asignatura sobre un tema tan atractivo (migración y anillamiento); digamos, de paso, que hacer un cursillo era una actividad atípica por aquel entonces. Nos daba las clases teóricas en la facultad y hacíamos las prácticas de observación de aves, escuchas de cantos y capturas con redes japonesas en el Jardín Botánico. Allí entrevistamos las muchas posibilidades de estudio de las aves y a algunos nos impactaron. De entonces data una anécdota que muchos no olvidamos: una mañana de observación por el Jardín, siguiendo dócilmente callados sus pasos, en cierto momento nos indicó quietud y silencio ante el canto de un pájaro; nadie respiraba. Bernis se puso las manos en los oídos haciendo pantalla para captar mejor el canto y cuando se volvió, expectantes todos por conocer de qué especie se trataba, nos dijo muy serio “Está cantando” y siguió el recorrido. Sólo bastante más tarde, con cautela y respeto, alguien le preguntó qué era y dijo que un picogordo. Así de despistado podía llegar a ser.

Esa misma primavera (1965) Bernis promovió a través del Centro de Migración de Aves de la SEO la “Operación Tarik I”, en la que estuvimos anillando aves en las Puntas Entinas y del Sabinal de Almería.

Creo que me he extendido mucho sobre las primeras vivencias con Bernis pero aquéllas fueron tan importantes para mí que, decididamente y haciendo a un lado la natural timidez, le manifesté mi interés por trabajar con él. Quiso la suerte que ese año su único Profesor Adjunto (puesto recién dotado) se marchara por motivos personales y me ofreció trabajar con él. Desde ese momento me incluyó en su actividad profesional a tiempo completo, hasta el punto de que en junio ya le acompañé al Coto Valero, en el actual Parque Natural de Monfragüe (Cáceres), donde ultimaba el estudio sobre el Buitre Negro. A partir de entonces compartí con él la mayor parte de su trabajo a lo largo de muchos años.

Resulta difícil resumir tantas y tantas vivencias personales y profesionales sin pecar de olvidadizo; también es difícil no intercalar en este recorrido punteado los nombres de muchas personas que tan importantes han sido para nosotros. Sin embargo, permítaseme no aludir a los nombres en lo sucesivo y sí a los hechos.

Dos tipos de trabajo ocupaban todo el tiempo de Bernis: la Universidad y la SEO. La primera era

su actividad profesional, la segunda su trabajo vocacional.

El trabajo en la Universidad lo concebía como una seria actividad en la que no se permitía la mínima sonrisa; amigo de aprovechar al máximo el tiempo de las clases, jamás se le ocurrió aderezar sus disertaciones con chascarrillos y anécdotas, como era muy habitual en otros profesores. Las teóricas estaban siempre muy bien documentadas (sus apuntes eran dignos de ver por su cuidada redacción, la profusión de esquemas y la clara exposición y discusión de las fuentes bibliográficas), aunque es verdad que en ocasiones, distraído por otros pensamientos o no habiendo dispuesto del tiempo suficiente antes de clase para repasar sus notas, tuviera *lapsus* de los que salía, por cierto, muy airoso, aunque al día siguiente comenzara la clase rectificando los últimos conceptos anteriores. Sin embargo, jamás cortó una clase o llegó tarde para arañar minutos por falta de materia docente; tampoco era amigo de colocar clases a sus profesores.

Las prácticas las concibió siempre en sus dos vertientes: el trabajo de laboratorio y las salidas al campo. En el laboratorio disponíamos de corto material, en buena medida heredado de su predecesor, con el que hacíamos 2-3 sesiones de disección y aprendizaje de caracteres empleados para la determinación de los vertebrados (morfotipos de peces, plumaje y rasgos de las aves, denticiones y adaptaciones locomotoras en mamíferos) y apercibimiento de lo que era la faunística.

Sin duda para compensar esta precariedad y porque era donde él se encontraba más a gusto y podía aplicar sus grandes conocimientos sobre la biología y la zoogeografía de los animales, Bernis fomentó las salidas al campo, unas oficiales y obligatorias y otras extraoficiales y voluntarias. De las primeras, hicimos viajes a Extremadura, Sistema Central, Cataluña, Galicia y Andalucía; conocimos espacios naturales y faunística; estuvimos en centros de trabajo profesional y de investigación ictiológica (oceanográficos, Investigaciones Pesqueras, piscifactorías, barcos de pesca, lonjas de pescado, el Mercado Central de Madrid). En aquellos años él aprendía y nos enseñaba peces, un grupo que había estudiado en el Museo Nacional de Ciencias Naturales pero del que conocía poco fuera de los frascos. Empezamos a coleccionar material de peces (siempre discretamente, sin cazar y sin comprar nada) y a pensar en formar una colección de estudio y comparación de éste y otros grupos de vertebrados, que con el tiempo se convertiría en el actual Museo de Anatomía Comparada de Vertebrados. Nos enseñó espacios naturales vírgenes y disfruta-

mos aprendiendo ornitología pero también a movernos en el campo, a respetar a los animales y a comunicarnos con el paisanaje. Sin ser una persona extrovertida, gracias a su seriedad, conocimientos y habilidad, hablaba con la gente y era capaz de sonsacarles la información que necesitábamos. Austero y, a veces, demasiado seco, era no obstante admirado y respetado por sus alumnos, que apreciaban el esfuerzo que significaba su dedicación al campo.

Las salidas voluntarias estaban relacionadas con actividades de la SEO, bien fuera para hacer censos de aves, bien para campus de anillamiento, bien para el estudio de la biología de alguna especie. Aquí, obviamente, sólo los fanáticos se apuntaban y esos eran los que se harían también socios de SEO; por cierto, nunca hizo proselitismo, las vocaciones ornitológicas surgieron o se reafirmaron en cada uno espontáneamente.

A lo largo de la convivencia en la UCM nunca vi que Bernis dejara de atender, siempre con educación, las consultas de alumnos, espontáneas o entendidillos, que se acercaban a él atraídos por el gancho de los pájaros. Ciertamente, a veces y muy discretamente, hacía algún comentario posterior sobre lo peregrino de las ideas o lo aburrido de la charla del visitante; pero jamás le vimos enfadarse o echar con cajas destempladas a alumnos o a cualquier otra persona.

Con demasiada frecuencia y, pienso que incluso contra sí mismo, se mostraba frío y distante. Tenía un sentido del trabajo y del deber que le impedía relajarse. No se permitía una alegría. Eso y el innegable prestigio exterior, que trascendía sin él pretenderlo, fueron quizás la causa de que no se sintiera muy a gusto entre los compañeros afines. Le vimos siempre más cómodo en las raras ocasiones en que se encontraba con profesores de materias alejadas de la nuestra.

Esa actitud seca se manifestaba con harta frecuencia a pesar de la opinión de Cristina, su esposa. Conocimos a Cristina muy pronto, casi en las primeras salidas al campo; Bernis, que había triscado por el campo en solitario durante muchos años, en su juventud y la primera madurez (la etapa de autoformación), ya no dejaba a Cristina en Madrid salvo casos de fuerza mayor. Si no estaba ella parecía estar cojo y, quizás excepto conmigo, se solía mostrar apagado. Incluso en salidas duras a Extremadura, pasando calores mientras rompíamos el maquis de Monfragüe tras los Buitres Negros, Cristina era añadida como una persona más del equipo. Siempre le tocaba templar gaitas cuando él se manifestaba cortante o severo y a veces se producía alguna situación embarazosa para nosotros.

Más tarde, Cristina se nos acercó cotidianamente cuando disfrutó de una plaza de profesora de inglés en la Facultad. Tenía que hacer con demasiada frecuencia el papel de intermediaria y “traductora” de las actitudes, a veces incomprensibles, de su marido. Hasta se veía obligada a darte una explicación que no era necesaria pues ya le conocíamos y sabíamos de sus prontos. Por entonces ya éramos varios profesores en Vertebrados y, para distraer a Bernis, se le ocurrió hacer un “coffee-break” diario con todos; aquello le pareció a él, al principio, una pérdida de tiempo. Luego, coincidiendo con un período personal muy penoso del que nunca dijo nada, se fue animando y empezó a cogerle gusto a esos minutos. Entonces empezamos a conocer, de verdad, la extensa cultura de Bernis, que abarcaba no sólo a las aves y a la biología sino mucho más, una idea propia del mundo y de la sociedad basada en un conocimiento enciclopédico pero también empírico resultado de su inquietud natural. Aprendimos mucho en esas reuniones en las que, a pesar de actuar con su natural modestia, a mis compañeros les impresionaba y casi siempre callaban, debiendo yo distender un poco la situación por mi relación más directa con él. Esas reuniones diarias tenían un colofón anual en una cena informal que Cristina organizaba en su casa y a la que asistíamos todos con nuestras familias.

Precisamente en esa época, hacia 1974-75, coincidiendo con ese estado anímico negativo, Bernis se empeñó en abandonar la SEO (cosa que hizo) y reconcentrarse en sí mismo. No podía abandonar la universidad por ser su *modus vivendi*, pero lo habría hecho. Creo que muchos conceptos vitales se le resquebrajaron y asistimos, tras la recuperación, a un cambio tan positivo que a partir de ahí fue otra persona. Se humanizó. Se tornaron favorables los malos augurios familiares y a ello también ayudó el que, por fin, tuvo a bien enfrascarse en el proyecto de estudio de la migración de las aves por Gibraltar para cuya realización nos dio una sustancial ayuda la Fundación March.

El proyecto, a desarrollar en 1976-77, era una dura prueba de campo, con estancias continuadas de tres meses en Tarifa (Cádiz), horarios diarios de 10-12 horas de trabajo, sin días festivos y, poco menos que a la descubierta. Cuando lo asumió como propio le entró tal frenesí por sacar adelante el trabajo que, concienciado como siempre hacía durante las fases de campo de sus estudios, se puso nervioso y algunos días antipático. Yo me sonreía al verle así, en ese estado de “zugunruhe”, y trataba de hacer que las cosas funcionasen. Esa especie de cambio drástico de comportamiento, muy suyo, le

llevó incluso a fumar compulsivamente, distracción que un par de años después dejó también de golpe.

Fruto de ese estado de excitación fue, sin duda, la extemporánea salida de tono que tuvo con unos compañeros que fueron a Tarifa para filmar escenas sobre la migración de las rapaces y las cigüeñas y a los que expulsó de allí con cajas destempladas. Ellos se fueron pero durante algunos días quedamos consternados. Esa fue una de las pocas veces en que vi en Bernis una reacción que trastocase su natural educado y discreto. Contemplé alguna otra en la que, además, manifestó explícitamente todos sus títulos en un rasgo inusual de inmodestia, aquella vez en que llegando a un pueblo toledano para anillar cigüeñas en la iglesia, que tenía bastantes nidos, observamos que en ninguno había pollos. Tras insistir reiteradamente preguntando a varios viejos en la plaza, uno por fin rompió la conspiración de silencio y señaló que el señor cura había tirado los pollitos de todos los nidos, a pesar de la oposición en contra de los vecinos del lugar. Bernis se puso rojo y diciéndome “Tú, quédate aquí”, entró en la casa curato y sólo él habló, saliendo enfurecido comentando en alto “...ya sabe quien soy yo, sepa que lo que ha hecho es un crimen y le voy a denunciar”. Fue de las pocas veces en que me dio luego una explicación y, por supuesto, el cura no fue denunciado.

Poco sabemos de sus opiniones políticas (que muy raramente expresó) pero, aun habiendo hecho la Guerra Civil con el ejército de Franco, sus actitudes eran abiertas y de talante liberal. Cierta vez me relató horrorizado de un guardia civil en un latifundio de Toledo que, tras haberle detenido e identificado, cuando comentaba sobre el particular le dijo que “...este país no podrá ir bien hasta que todo el mundo esté fichado”.

A pesar de su discreción, cuando de trabajar se trataba se manifestaba muy lanzado y sabía defender a los suyos. Cuando los militares de la batería del Centinela en Algeciras detuvieron y encarcelaron a un compañero francés que siguiendo a las rapaces se coló en terreno militar y por no entender bien el castellano no hizo caso de los “alto, arriba las manos”, respondió más que bien. Extrañados por la falta de nuestro compañero a dormir, los únicos dos que trabajábamos en Tarifa en ese momento supimos a la mañana siguiente de su detención y, personados en la Comandancia Militar para pedir disculpas, nos arrinconaron en una sala de paso donde, además de acusarnos de atentar contra la integridad patria y tratarnos de espías, éramos insultados por cualquier oficial que transitaba por allí. Alarmados por el cariz que tomaban los acon-

tecimientos, pedí permiso para salir a telefonar a Bernis a Madrid. Enterado del asunto y de su gravedad habló con Fraga (una relación directa a través de familiares de Cristina), entonces ministro, y antes de una hora nosotros con nuestro compañero salíamos de Algeciras e incluso los militares echaron tierra al asunto.

De toda esa trayectoria universitaria, en la que impartió Cordados (más tarde Vertebrados), Zoología Aplicada de Vertebrados y algunos cursos de Doctorado sobre Zooarqueología (éstos ya de Profesor Emérito), guardo las más vívidas imágenes de las salidas al campo con alumnos. No se daban entonces tantas explicaciones como hacemos ahora pero es que él, además, era muy conciso y parco en palabras; y, sin embargo, a mí me gustaba porque siempre atendía y siempre sabía dar una respuesta adecuada a cualquier pregunta, sin resultar nunca pedante. Eso, visto tantos años después, me hace recordar que su cultura zoológica (pero también botánica) era un apreciadísimo logro en aquellos tiempos de poco y a veces falso conocimiento y que tuvimos mucha suerte de poder disfrutar de ella.

Un último rasgo quisiera destacar de su actividad universitaria. Incluso con la precariedad de medios económicos y de las reducidas consignaciones docentes, Bernis se preocupó durante bastantes años por dotar a la cátedra de una bibliografía de apoyo en Vertebrados adquiriendo libros extranjeros, los clásicos y los actuales, que enriquecieron nuestro conocimiento. Es verdad que, para la mayor parte de la investigación que realizábamos (casi todos en aves), contábamos con la excelente biblioteca que se iba conformando en la Sociedad Española de Ornitología. Pero eso, la SEO, era la pasión de Bernis.

La SEO fue una idea personal de Bernis que, tras madurar durante algunos años previos, se plasmó con un grupo de entusiastas amigos en la primavera de 1954. Fuertemente motivado por su gran vocación, su verdadera pasión, y aplicando sus conocimientos empíricos sobre ornitología y lo que había aprendido en sus lecturas y desde su estancia en Alemania, creyó que era el momento de iniciar en España el estudio científico y metódico de las aves para llenar un vacío muy llamativo. Con un rigor extremo, puso en marcha poco a poco un complejo entramado que gracias a su personal empuje compatibilizó dos vertientes necesarias: la popularización sería de la ornitología (los socios y la colaboración en trabajos colectivos) y el desarrollo científico de la misma (la publicación de la revista *Ardeola*). Poco después, en 1957, creó en el seno de SEO el Centro de Migración de Aves, una

sección especial en la que algunos socios profundizaban en el conocimiento de la biología migratoria de las aves españolas, iniciando el anillamiento científico y regular en España.

Concebida como una sociedad científica, la SEO realizaba una o más reuniones anuales de trámite en las que, con frecuencia se daban noticias de actividades, programas de actuación, campañas de censos y de anillamiento y se impartían algunas conferencias. Aquellos primeros años fueron pasándose a trancas y barrancas pero con gran dignidad gracias a la labor absolutamente personal de Bernis. Implicó a su familia, especialmente a Cristina, para escribir sobres y atender a la correspondencia, compiló gran cantidad de información sobre capturas de aves anilladas, promovió campañas de observación y censos de aves (las acuáticas eran, por aquel entonces, el grupo globalmente más amenazado por la imparable carrera de desecación de zonas húmedas), en fin, aquí sí que mostraba una desusada actividad.

El inicio de mi relación con él en SEO, adonde me llevó como continuación de mi trabajo, me mostró a una persona distinta a la universidad, no porque su discreción y modo de actuar fueran diferentes a cómo se manifestaba allí, sino porque uno tenía la sensación, siempre, de que estaba disfrutando con ese trabajo, en el que mantenía encantado la relación personal con los socios, en el que se mostraba creativo pero sabiendo muy bien como iniciar y llevar adelante el montón de actividades que a lo largo de esos años puso en marcha y que han constituido, luego ampliadas y bien desarrolladas por sus continuadores en la SEO, el gran andamiaje en el que se ha sustentado la pujante trayectoria de esa sociedad.

Hubo, no obstante, una actividad en la que no llegó a entrar y fue la de la conservación en su vertiente más pública. Eso fue y no fue exactamente cierto. Lo fue porque su manera de ser, introvertida, poco dada al folclore y a la comunicación exterior con el mundo de los periodistas (entonces tan poco sensibilizados en los temas ambientales), no le permitieron romper esa barrera de aislamiento en la que se escudaba. Y, sin duda alguna, no lo fue porque, en los momentos cruciales en que creyó que se jugaba algo muy importante para las aves y su conservación, allí estuvo avalando con su trayectoria y sus estudios posiciones netamente definidas. Recuerdo tres que, por ser claramente pioneras, tuvieron una enorme trascendencia posterior: su mediación ante Franco para que no se prosiguieran las plantaciones de eucaliptos y la desecación de las marismas del Guadalquivir, que pondrían en peligro la supervi-

vencia de la zona (1953); la creación de la SEO (1954), que abogaba por el estudio y la conservación de las aves montañesas; y su contribución a la reunión de la Conferencia MAR sobre zonas húmedas de Francia (1962) y, sobre todo, a la Conferencia Internacional de Zonas Húmedas y Aves Acuáticas de Ramsar, Irán (1971).

La contribución investigadora de Bernis en el campo de la zoología estuvo muy centrada en la ornitología. Es larga la lista de sus libros y trabajos y de su observación uno puede ir deduciendo en qué momento de su vida, de sus preocupaciones, nos hallamos. Desde el punto de vista científico, sus trabajos tuvieron tres cualidades; planteamiento y resolución corrector, oportunismo y una esmerada prosa. Sobre esto último quiero señalar que, en sus publicaciones, muchos aprendimos castellano y tuvimos la ocasión de contemplar un uso correcto, comedido y exquisito del lenguaje. Sin él proponérselo, sus trabajos constituyen una lectura atractiva, nunca pedante, al margen del hecho científico. Heredero de un modo culto de escribir que nada tenía que ver con la floritura ni con el fraseo rebuscado, su amplísima y valiosa contribución al lenguaje castellano no fue entendida ni valorada por la Real Academia Española de la Lengua cuando tuvo la oportunidad de premiar con un sillón a un científico de trayectoria relevante.

No quisiera terminar esta largo escrito sin resumir en algunas palabras qué destacaría yo de Bernis. Amabilidad, discreción, educación, modestia, iniciativa, cultura y trabajo. Mucha gente no le llegó a conocer, quizás yo sea uno de los que tuvie-

ron el privilegio de verle en ciertas ocasiones más distendido, más próximo y asequible. Pocas veces le vi tan relajado y cansado, tan natural, como cuando a muy última hora de la tarde llegamos Cristina, él y yo a un bar de Alcázar de San Juan (Ciudad Real) un veintialgos de mayo de los 70 en que nos habíamos pasado más de ocho horas con su 4L atascados en un camino cerca de Cerro Mesado, en que nos dio tiempo de meternos varias veces en una pestilente charca plagada de sanguijuelas, en que vimos pasar hacia el norte a una bandada de Halcones Abejeros, en que levantamos las pocas piedras de los alrededores y encontramos bastantes Sapillos Moteados y, preguntados por el camarero, el pidió directamente siete coca-colas que ...se bebió una tras otra.

Durante la década de los 90 tuvimos un contacto relativamente escaso. Sin embargo, mi recuerdo permanece inalterable y creo que sigue ahí. Y le espero, como hacía siempre que visitaba la Facultad, entrando en el despacho al tiempo que preguntaba sin verme aún “¿Hay alguien por aquí?” y luego, ya de frente, “¿Qué tal, Manolete?” y charlábamos durante un rato de nuestras cosas y nos despedíamos hasta vernos de nuevo en ese u otro lugar cualquier día por venir.

Referencias

- FERNÁNDEZ, J. 2004. *50 años en defensa de las aves (1954-2004)*. SEO/BirdLife. Madrid. 448 pp.